



# Baile de otoño

*relato a la Austen*

**#Fanfic**

por *ms. covanni*

**Título**



*Baile de  
Otoño*

*relato a la Austen*

*ms. couvoni*

## Derechos

Título: Baile de otoño Copyright © 2021 M. Cavani *Baile de otoño* es un *fanfiction* de las novelas de Jane Austen, que continúa los relatos *Baile de invierno*, *Baile de primavera* y *Baile de verano*, que fueron publicados por partes en el blog Ficción Femenina entre diciembre 2019 y diciembre 2020, como un tributo a la autora. *Baile de otoño* es la cuarta parte, y el desenlace, de la serie “Un baile austeniano”, inspirado en las obras de la autora inglesa Jane Austen, que puede contener citas de sus libros. Es una obra de ficción que sigue el hilo de sus novelas desde una nueva perspectiva.

Primera edición.

## **Sinopsis**

Las hermanas Bennet estaban en el estar de Longbourn, algunas dedicadas a la labor, otras a la lectura, cuando recibieron una carta que iba dirigida a las dos hermanas mayores. Lizzy y Jane se miraron con dudas pues venía firmada por Emma Woodhouse y Fitzwilliam Darcy, se trataba de una invitación al baile de otoño que se celebraría en Pemberley, donde, además, se haría el anuncio de un compromiso inmejorable.

Baile de otoño es la cuarta parte y el desenlace de la serie “*Un baile austeniano*“, un divertido *fanfic* de las novelas de Jane Austen, un homenaje a la autora desde el punto de vista de una de sus lectoras.

## Nota

Antes de que comiences este relato debes saber un par de cosas: la primera, es que se trata de un *fanfiction* de las novelas de Jane Austen, y, la segunda, es que *Baile de otoño* sigue el hilo de las situaciones presentadas en los relatos *Baile de invierno*, *Baile de primavera* y *Baile de verano* por lo que, si no los has leído, te invito a que los descargues en la tienda [Amazon](#). Por lo demás, solo quiero agradecerte el interés de leer el desenlace de la serie “*Un baile austeniano*” y espero que te diviertas leyéndolo como yo escribiéndolo.

## **Tabla de contenido**

[Portada](#)

[Título](#)

[Derechos](#)

[Sinopsis](#)

[Nota](#)

[Tabla de contenido](#)

[Dedicatoria](#)

[Pasaje](#)

[La celestina](#)

[Pemberley](#)

[Lizzy y Marianne](#)

[Algo inesperado](#)

[Visitas incómodas](#)

[Propuestas](#)

[Si la quisiera menos...](#)

[Camaleón](#)

[Epílogo](#)

[Un baile austeniano](#)

## **Dedicatoria**

*Para los austenitas alrededor del mundo.*

## **Pasaje**

*Pero la vanidad, y no el amor, ha sido mi locura.*

De la novela *Orgullo y prejuicio*.

## La celestina

La vida de Emma se había convertido en un caos; en los últimos meses habían sucedido tantos eventos desconcertantes e inesperados que ella, creyéndose tan entera e incapaz de afectarse ante la adversidad, no pensaba que pudiera soportarlo.

En su interés por demostrarle a todo Highbury —y por todo Highbury se refería al señor Knightley— que ella tenía una gran sensibilidad para unir sentimentalmente a sus amigos, proveerle un marido a Harriet Smith se había vuelto su obsesión desde el baile de invierno, pero, entre todos sus disparates para propiciar tal boda entre su amiga y cualquiera —excepto Robert Martin—, fue ella misma quien recibió una propuesta del señor Elton.

Todavía no comprendía cómo había sucedido tal confusión, ella solo había estado promoviendo encuentros entre el vicario de Highbury y su amiga cuando una noche que compartían carruaje, luego de una cena con los Weston, mientras la pobre Harriet se sentía indispuesta, sin consideración alguna, él le tomó la mano, solicitó su atención y comenzó a declararle su apasionado amor.

*¿Qué estaba pasando?*

Todo este tiempo había estado convencida de que el señor Elton, era el candidato perfecto para su amiga, era un hombre con méritos y características imposibles de ignorar, tenía buen carácter y buena voluntad, sin embargo, tales cualidades no eran suficientes como para que sus intenciones de unirlos se prestaran a confusión; además, ella no pensaba en el matrimonio para sí misma...

*Al menos no lo creía así.*

Y estaba segura de que no quería tener algo que ver con el señor Elton.

Mas este inconveniente fue solo el segundo de sus errores —el primero había sido cuando orquestó el baile de invierno para que Charles Bingley se fijara en Harriet—; su tercera equivocación sucedió cuando, tras sus primeros fracasos, intentó que el orgullo de Highbury, Frank Churchill, también se fijara en su amiga. Y aunque esta vez se prometió que limitaría su intervención, pues estaba segura de que su plan funcionaría, por un breve momento, sus propios sentimientos se vieron involucrados.

Verán, desde que el señor Weston se casara con su institutriz había existido una especie de secreta fantasía entre ambos de que ella, siendo la hija casadera de los Woodhouse, y Frank, el respetable hijo del señor Weston, se unieran, una secreta fantasía que, ella lo reconocía, alimentaba su ego y, no lo negaba, por algunos días había conquistado su cabeza cuando las atenciones del joven la confundieron: por primera vez, en veintiún años, creyó estar enamorada. Sin embargo, a tiempo se dio cuenta de que sus sentimientos por Frank no eran tales y que si la idea de casarse rondara su cabeza, nunca iba a ser con alguien que viajara hasta Londres por un corte de cabello (*nada de eso*), debía ser con un hombre de carácter fuerte y buen criterio, que la representara y supiese hacerle frente, uno con el que ella pudiese expresarse, aunque luego se sintiese juzgada, un hombre como...

*No, lo mejor era olvidarse de ello.*

Pero lo cierto era que Frank Churchill ya estaba reservado, y mucho, aunque no para Emma

Woodhouse o Harriet Smith, sino para Jane Fairfax. Sí, esta había sido la última sorpresa en Highbury, la noticia de la que todos hablaban:

Frank Churchill y Jane Fairfax.

Aunque no fue sencillo de asimilar, luego pudo atar todos los cabos sueltos, Emma se dio cuenta de algo, el hijo del señor Weston no se presentó en Highbury hasta que su querida Jane se estableció definitivamente durante el verano.

No obstante, entre todo lo ilógico que había sucedido durante el estío y las primeras semanas del otoño, lo más asombroso había sido escuchar la reciente confesión de Harriet Smith, que no había dudado un segundo en reconocer su afecto ¡recíproco! por el señor Knightley.

*¡El señor Knightley!*

Unos meses atrás había creído que cualquier día el señor Knightley anunciaría sus planes de boda con otra señorita, Elizabeth Bennet, la joven que le había eclipsado, a la que había conocido gracias a ella misma, sí, cuando se le ocurrió aquella brillante idea de celebrar el baile de invierno; pero, ¿Harriet Smith?

En la actualidad se daba cuenta de cada uno de sus errores y de su obstinación en conseguir algo que desde donde se le viera era ilógico, pero que el señor Knightley estuviese sentimentalmente interesado en Harriet era impensable. *¿Cómo había sucedido? ¿Cuándo?*

Emma reconocía que había sido demasiado irracional cuando se había propuesto como meta de vida pactar, de acuerdo a su voluntad, una boda para Harriet Smith.

*¡Cuán ciega había sido! ¿De dónde había obtenido tanta locura?*

Su éxito al conseguir la boda entre los Weston se le había subido a la cabeza en tales proporciones que se creía imbatible. El señor Knightley se lo había advertido una vez, que estaba siendo obstinada y estúpida en insistir en su amistad con Harriet, pero, si de ella pensaba de ese modo, ¿qué aplicaba, entonces, a él?

Desconsolada, ahora estaba en Pemberley, ella y el señor Darcy eran los anfitriones del baile de otoño en el cual, a pesar de los confusos sentimientos que la conmovían y atormentaban, celebrarían un compromiso inmejorable.

## Pemberley

Elizabeth leyó nuevamente la tarjeta de invitación al baile de otoño sintiendo que estaba siendo objeto de diversión del destino; había pasado de ser la posible dueña de Pemberley a una mera espectadora del compromiso entre Emma Woodhouse y Fitzwilliam Darcy.

—Espero que cuando nos encontremos con el señor Bingley sea todo muy civilizado...

Sus pensamientos fueron interrumpidos por los de su hermana.

—Me gustará poner un punto final a esta historia para que podamos continuar nuestras vidas...

Lizzy notó que Jane bajaba la mirada, como si pensar en el caballero, después de esta noche, fuese reprochable. Un acto prohibido.

—En realidad, no sé por qué he venido, Lizzy.

Lizzy tampoco comprendía exactamente qué la había movido a regresar esta noche a Pemberley, solo sabía que, aquella mañana, cuando estaba reunida con sus hermanas en el estar de Longbourn, algunas ocupadas en la labor, otras leyendo, confiando en que sería un día sin emociones, su madre colocó en las manos de Jane una invitación que iba dirigida a las dos, que no podían declinar.

—Porque tu nombre, como el mío, ha venido impreso en la invitación —le respondió, aunque sabía que, en una buena parte, la presencia de su hermana en este baile se debía a que había empleado sus técnicas persuasivas. Como era de esperarse, Jane temía al inminente encuentro con el señor Bingley, pero ella misma, Lizzy, necesitaba de su apoyo cuando se encontrara con el señor Darcy—, y habría sido una descortesía ignorarla.

Lizzy rodeó a su hermana con los brazos cuando la miró suspirar.

—Todo va a estar bien, Jane —la consoló mientras admiraba lo hermosa que lucía al continuar el camino desde el carruaje hasta la recepción—. Lo que puede ocurrir es que cuando el señor Bingley te vea nuevamente se vuelva loco por ti.

—No tengo esperanzas que alimentar... Además de que no lo espero. Lizzy, estaré bien.

Lizzy le colocó un beso en la sien y, abrazándola un poco más, le dijo:

—Lo sé —y avanzaron hacia la entrada del salón.

No era la primera vez que Lizzy visitaba Pemberley, había sucedido durante el verano, cuando fue de vacaciones con sus tíos, los Gardiner; en aquel entonces, se suponía que irían hasta Los Lagos, pero, por los compromisos de su tío, debieron reducir la excursión y solo pudieron llegar hasta Derbyshire. Mientras cruzaba el salón, Lizzy recordó aquel día con la misma agitación de saber que esta noche estaba en el territorio del señor Darcy.

Pero, ¿por qué si en el baile de primavera Lizzy estaba tan opuesta al señor Darcy, ahora parecía haber operado un cambio en sus sentimientos por él?

Pues sucedió que la mañana siguiente al baile de primavera, el señor Darcy había puesto en sus manos una carta que había modificado todos los prejuicios que, rencorosamente, ella había guardado hacia él. Su carta era tan poderosa que también había influido en la percepción que tenía

de su propia familia, y cambiado la parcialidad con la que había actuado en relación al tema Wickham; había sido orgullosa y vanidosa y había procedido bajo la convicción de ser incapaz de equivocarse. Lizzy había leído aquella carta repetidas veces, incluso cuando volvió a Longbourn, luego de aquel viaje, todavía la leía a hurtadillas y la consideraba su secreto tesoro. A través de esta, el señor Darcy había insertado la comprensión de elementos y detalles que ella había ignorado de su actuación, entendió que él había estado protegiendo a su amigo de la unión con una joven que, si bien no consideraba su igual, también la creía indispuesta en su afecto; al respecto, el recuerdo de un comentario de su amiga Charlotte, la noche del baile de invierno, cuando el señor Bingley y Jane se conocieron, confirmaba que las conjeturas del señor Darcy no eran del todo inválidas:

*Si no le demuestra pronto al señor Bingley lo que siente por él,  
dudo que su amistad se extienda a algo más que una simple preferencia  
en un baile público.*

En relación a su familia, la justicia de sus acusaciones le parecía demasiado evidente para que pudiera negarla, y las circunstancias a las que aludía en particular como ocurridas en el baile de invierno, no le podían haber impresionado a él más de lo que le habían abochornado a ella<sup>[1]</sup>, su madre se había entregado al chismorreó, Kitty y Lydia a coquetear con el regimiento que estaba de paso en Highbury, mientras Mary tocaba el piano de esa forma jactanciosa, aunque inexperta. En resumen, le había juzgado como el peor de los hombres cuando siempre había actuado cabalmente.

—¿Y cómo te sentirás, tú, Lizzy, cuando te encuentres con el señor Darcy? —Elizabeth bajó la mirada y sonrió, pero sabía que su sonrisa no reflejaba su habitual alegría.

A pesar de la violencia con la que había recibido su propuesta de matrimonio, aquella noche había quedado tan impresionada que necesitó desahogarse con el papel en una carta expresa que, a la mañana siguiente, envió a Londres, donde estaba Jane. Pero ahora, luego del giro que había tomado la historia, no se arrepentía de haberla rechazado, aunque, si en aquel momento hubiera tenido la información que le fue transmitida esa mañana siguiente, no estaba segura de si habría optado por dejar una respuesta abierta a la propuesta. No podía disimular, ni siquiera para sí misma, que admiraba al señor Darcy. Que le admiraba demasiado.

—Me sentiré feliz por su compromiso con la señorita Woodhouse. Creo que será una unión *inmejorable* para ambos —pues estaba segura de que, imposibilitada de conseguir el interés de su sobrino por su propia hija, nada le era más *conveniente*, a Lady Catherine de Bourgh, que el compromiso del señor Darcy con la señorita Woodhouse.

—Ya no le guardas rencor. En el fondo, Lizzy, creo que nunca se lo tuviste, solo te dejaste llevar por los prejuicios.

—Eso no voy a ocultarlo, pero, espero que sea feliz —sonrió nuevamente y bajó la mirada. Sus deseos de felicidad no eran reflejo de hipocresía, había entendido que, la pasada primavera, el señor Darcy se había dejado llevar por un apasionamiento que, luego de aquel baile en Rosings, fue superado por la razón, centrándose así en lo que era socialmente correcto para él, donde, por supuesto, ella no representaba una opción.

En reflexiones parecidas, Lizzy había estado trabajando durante el verano, especialmente luego de que ella y Darcy se encontraran fortuitamente acá, en Pemberley, cuando, confiando en que su dueño estaba de viaje, entró con sus tíos para hacer un recorrido, Pemberley era una de esas grandes y exquisitas propiedades del reino abiertas para la excursión de los forasteros; en

aquel entonces la versión que presentó de sí mismo era tan distinta al hombre orgulloso y distante al que había conocido en Highbury —y con el que se había encontrado en Rosings—, que Lizzy estaba cálidamente sorprendida del cambio operado y se preguntaba si ella habría influido de alguna manera en ello. Ahora, aunque trataba de ser fuerte y le deseaba lo mejor, no podía expresar su resignación con la mirada.

Esta noche otoñal Pemberley lucía igual de hermoso y elegante que aquella tarde estival cuando inesperadamente se encontró bajo los dominios del señor Darcy, solo que en esta oportunidad todo tenía un cariz distinto; no obstante, ella era Elizabeth Bennet, siempre alegre y segura de sí misma, así que arregló su mejor sonrisa y avanzó, pues nada iba a derrumbarla.

## Lizzy y Marianne

Aunque por la constante correspondencia que mantenían sabían que volverían a verse esta noche, había sido especial reencontrarse con las amigas del baile de invierno.

—Lucen muy felices, ¿no crees? —Mientras paseaban por el salón, Marianne le comentó a Lizzy sobre Anne y el capitán Wentworth, que no dejaban de sonreír o de mirarse con ojos enamorados.

—Hacen una pareja encantadora —fue su única respuesta.

Más temprano, cuando se habían reencontrado en el salón, a pesar de que les había saludado con esa jovialidad que la describía, Marianne había percibido que Lizzy estaba ausente, que su mirada carecía de ese brillo tan característico.

Durante su delicado estado de salud, cuando estuvo al borde de la muerte, consecuencia —quizás— de las emociones recibidas en el baile de verano, las cartas de Lizzy, en conjunto con otros elementos, habían significado mucho para ella, su buen humor y ese recurso del que disponía para encontrarle un revés inteligente a los acontecimientos, habían conseguido proporcionarle la fortaleza que necesitaba para recuperarse.

—¿Sucede algo?

Si esta noche su amiga no estaba en su elemento, Marianne esperaba poder confortarla también.

—¿Algo?

—Ya sabes, indisposición, preocupación, síntomas de dolor de cabeza..., o en el corazón... —con este último punto, Marianne notó que Lizzy bajó la mirada y le costó sonreír—. No lo sé, parece como si temieras que algo espantoso va a descender por las escaleras del salón de Pemberley.

—¿Algo tan espantoso como Mr Darcy y Emma Woodhouse?

Le escuchó argumentar con ese recurso, esa chispa tan propia de ella, entonces pensó que no tenía de qué preocuparse y que la Lizzy de siempre aún seguía ahí.

—Siempre pensé que sería la señorita Bingley con la que tendría el honor de anunciar su compromiso inmejorable.

—Quizás la pobre no ha obtenido la bendición de *Lady Catherine de Bourgh*.

Después de haber sido testigo, durante el baile de primavera, de lo bien que se llevaban Emma y Lady Catherine, Lizzy no dudaba que incluso la hubiera propuesto como compañera para su sobrino.

—Con toda seguridad —argumentó riendo, mientras seguía del brazo de su amiga, recorriendo el salón, admirando la elegancia y su perfección, tan parecido a otro que había tenido la oportunidad de conocer con alguien más, que le trajo recuerdos que conmovían su corazón—. ¿Recuerdas cuando el mencionado señor te desdeño en el baile de invierno? —dijo para evitar que sus pensamientos continuaran por aquellos lugares—. En aquel entonces, el señor Darcy me había parecido un hombre tan orgulloso, que casi no me lo pude creer cuando vi nuestros nombres

en la delicada invitación. Jamás pensé que se tomaría el detalle de considerarnos para formar parte de su baile. En realidad no tenía idea de que nos recordara a Elinor o a mí.

Hablar de algo distinto la distraía de los recuerdos que, aunque se mostraba recuperada de la traición del pasado, usualmente ocupaban su mente, pero cuando se volvió para mirar a su amiga, notó que nuevamente su mirada había perdido el brillo.

—Estoy segura que vendrá —le dijo presionando su mano para imprimir en el contacto la fuerza que deseaba transmitirle. No deseaba para su hermana o alguna de sus amigas, la experiencia de desamor que había vivido, de la cual intuía que a Lizzy le pasaba algo.

—¿De quién hablas?

—Del señor Knightley, por supuesto... ¿O es que prefieres a Wickham?

Para Lizzy la aversión que el nombre Wickham le producía era inexplicable, no obstante, trató de disimularla; a pesar de que había mucha confianza entre todas, había preferido reservarse muchos detalles en la correspondencia que compartían.

—Siendo este un baile organizado por su gran amiga, seguro veremos al señor Knightley —trató de sonreír.

—Yo también quiero saludarlo.

—Sí, me gustará mucho verlo.

Aunque en el pasado, la educación del señor Knightley la había conquistado, los hechos recientes la habían acercado demasiado al señor Darcy.

—¿Señorita Marianne?

Un joven alto y apuesto, que se cruzó en el camino de ambas, interrumpió la conversación.

—¡Señor Tilney!

—Todavía me recuerda... —el joven sonrió, pero Marianne solo presionó los labios, por respuesta—. Desde el baile de verano no he podido contactarla.

—No veo la razón para que lo hiciera.

A Lizzy le pareció simpática la defensa de su amiga, pero estaba un poco intrigada por saber quién era el joven. Por lo visto, ella no era la única que se reservaba información en la correspondencia.

—Tan hostil como en nuestro primer encuentro.

—Solo usted me hace parecer maleducada.

—Ah, ¿saco eso en usted?

—Mucho.

—Supongo que ha de ser esa comparación, la diferencia de la ternura entre nuestros sexos, a la que hizo referencia en el baile de verano; ¿aún cree que existe?

—Existe y es muy marcada. Ahora, si nos disculpa —nuevamente se enganchó al brazo de Lizzy—, nosotras estábamos ocupadas...

—Espere... —dijo él reteniéndola del brazo.

—¿Qué es lo que quiere, señor Tilney? —Repuso desafiante.

—No ha sido mi intención incomodarla —dijo liberándola.

—Disculpa aceptada —repuso orgullosa.

—Sin embargo, considero que algo quedó pendiente entre los dos en el baile de verano.

—¿Algo pendiente...?

*Pero de qué hablaba este caballero; como sonaba, estaba comprometiendo su reputación delante de su amiga.*

—No lo recuerdo así —se defendió.

—Estoy seguro de que me debe un baile.

A Lizzy toda esta interlocución le parecía muy entretenida. Nunca había visto a Marianne defenderse con tanta pasión.

—A usted no le debo algo —repuso luego de unos segundos.

—Aquella velada me dejó plantado.

En un segundo Marianne comprendió a qué se refería.

—No le dejé plantado, me sentía indispuesta para bailar, por ello le presenté a Catherine, una joven muy bonita e incomparable.

—Cierto, una joven muy agradable, inocente, sobre todo. Desde hace unas semanas está con nosotros en Northanger Abbey. Ella y mi hermana se han vuelto grandes amigas.

—Me contenta, Catherine es una joven muy culta, a la que le gusta mucho leer.

—Es una de sus cualidades más admirables... *así como su imaginación* —agregó Henry de forma casi inaudible.

—Me contenta que le agrade, señor Tilney, ahora si nos disculpa...

—Entonces, no va a concederme ese baile.

Si Marianne lo hubiera conocido un poco más, habría estado segura de que la había buscado no por el deseo de bailar con ella sino el de molestarla.

—Lo siento, pero he reservado todos mis bailes de la noche al coronel Brandon —con esto cerraba cualquier posibilidad de insistencia—; sin embargo, en esta oportunidad le presento a mi querida amiga Elizabeth Bennet...

Lizzy y el señor Tilney tuvieron todas las cortesías correspondientes a la presentación.

—Ahora bien, si tanto quiere bailar esta noche... —Lizzy presentía lo que su amiga estaba por hacer.

—No harás esto, Marianne —le advirtió.

—Señorita Bennet —el joven también captó las intenciones de Marianne—, yo sería incapaz de hacer una ofensa a una joven que acabo de conocer, pero tampoco voy a obligarla a que me acompañe, si así no lo desea, aunque le prometo que soy un bailarín elegante —incómoda, Lizzy solo pudo sonreír—. Estaré a su disposición cuando guste —esta última parte del discurso la dijo

mirando a Marianne, una mirada en la que Lizzy creyó leer: “Me lo hiciste otra vez”.

—Gracias, señor Tilney —por un segundo este incidente le recordó cuando conoció al señor Darcy, aquel momento en el que no la consideró lo suficiente bonita para tentarlo a bailar—. Tenga toda la seguridad de que cuando me sienta dispuesta le buscaré, pero ahora me siento un poco indispuesta.

—Descuide, señorita —añadió mirando todavía a su amiga—. Ahora, las dejaré libres para que continúen su paseo. Señorita Marianne, mis respetos para el coronel Brandon, es un hombre afortunado. Que tenga una velada inolvidable.

—...Gracias, señor Tilney.

Las dos permanecieron inmóviles, mirando al joven alejarse, hasta que una de las dos se enganchó en el brazo de la otra y, andando hacia la terraza del salón, liberaron la risa contenida.

—¿Qué ha sido eso? —Lizzy indagó sobre el señor Tilney.

—No lo sé... —Marianne no le encontraba explicación al suceso.

—Esta noche has entrado del brazo del coronel Brandon pero hay un joven más que está loco por ti.

—Es un pesado.

—A ver, me había parecido que lo habías soltado por salir del compromiso de bailar con él, pero luego no me pareció imposible que te hubieras enganchado a todos los bailes con el coronel. Se les ha visto muy juntos esta noche, ¿qué hay entre tú y él?

Marianne suspiró antes de fijar la mirada en la distancia.

—Sabes, Lizzy, las hojas secas me recuerdan mucho a mi querido Norland.

Lizzy se detuvo a su lado y trató de fijar la mirada en el mismo punto en el que la fijaba ella.

—Fueron años felices ahí —le siguió el pensamiento, comprendiendo que el tema “Coronel Brandon” no era fácil para ella.

—¿No ha sido así en Barton?

—En Barton ha sido diferente, me enamoré por primera vez y, por primera vez, tuve que reconstruir todo mi ser.

—¿Todavía no estás bien, Marianne?

Lizzy notó que su amiga se limpió una lágrima que comenzaba a rodar por su mejilla.

—Señoritas...

La reconocida voz del coronel Brandon hizo que se volvieran para atenderlo.

—Está por iniciar el baile, Emma y Darcy lo encabezarán.

Al escuchar la combinación de esos nombres, Lizzy sintió que se le retorció el estómago, pero sonrió con fingida felicidad, como se lo mandaban los códigos de su sociedad.

—¿Me hará el honor, señorita Marianne? —Le preguntó el coronel, extendiendo el brazo hacia ella.

Marianne sonrió y la miró como si dudara en abandonarla, entonces, Lizzy no lo pensó, con la punta de los dedos en la espalda de su amiga le dio un empujoncito y en el oído le susurró:

—Ve.

## Algo inesperado

Lizzy no podía controlar los agitados latidos ni la decepción en su corazón cuando contempló al señor Darcy, con tanta elegancia, abrir el baile acompañado de la señorita Emma Woodhouse.

Pero para esto había venido, para ilustrarse y poner fin a sus sentimientos por un hombre al que, primero, había despreciado y, luego, había aprendido a amar en secreto. Le admiraba tanto que se sentía lastimada, se había permitido soñar con la constancia de un afecto imposible. Había sido demasiado confiada al creer que luego de su rechazo él renovaría sus sentimientos.

Necesitaba recuperarse y encontrar su sensatez de siempre. Si este hubiera sido un baile al azar, tres temporadas atrás, estaría deseosa de formar parte de alguno de los recuadros en los que estaban sus amigas, mas esta noche no se trataba de divertirse sino de ser fuerte, ella nunca se había sometido a una prueba parecida, pero después de hoy, ya nada iba a perturbar sus sentimientos, se acomodó en un rincón del salón y ahí, en silencio y con añoranza, pensó que si al final de aquel baile de primavera no hubiera sido tan concluyente, sería ella y no Emma Woodhouse la que estaría a su lado.

Darcy había estado ocupado atendiendo a las amistades que, esta noche, se habían presentado en el baile que estaba ofreciendo con Emma, como su tía, por ejemplo, a la que había tenido que hacerle todos los cumplidos que su señoría merecía, sin embargo, ello no había impedido que advirtiera la entrada de Elizabeth y su hermana al salón. No demoró en notar que su corazón había recibido uno de esos pinchazos que solo Elizabeth Bennet conseguía; desde su posición le gustó que sus mejillas estuvieran enrojecidas, como si hubiera venido andando y no en el carruaje que, anónimamente, para ella, había enviado a la posada donde se hospedaba; no obstante, se fijó en que, a pesar de su belleza, en su mirada no había el brillo que tanto le había fascinado de ella en aquel afortunado baile de invierno.

Ahora la miraba nuevamente, estaba en un rincón de su salón, la única mujer a la que había amado, la única a la que había propuesto matrimonio y la única que le había rechazado, la única que le hacía bajar la guardia y, todavía, sentirse vulnerable.

Lizzy detectó la mirada de Darcy sobre ella y por un momento creyó que, a pesar de su conveniente compromiso, le sonreiría o tendría con ella algún gesto de amabilidad que le devolviera la paz de sentir que, a pesar del cambio de estatus que estaba por conseguir, serían amigos, pero él retiró la suya de una forma tan hostil, que le hizo recordar al Darcy orgulloso que había conocido en el baile de invierno. Sin poder tolerarlo prefirió tomar algo de aire fresco, estar rodeada de tantas personas era asfixiante; para ella la soledad de sus reflexiones era, regularmente, una compañía irremplazable. Pero cuando salió a la terraza, notó que alguien más se había adelantado a ocuparla, y que ese alguien era su querida hermana Jane.

—¡Sí! —respondió con lágrimas en los ojos—. Claro que sí... Siempre sí.

De rodillas frente a Jane estaba el señor Bingley.

*¿En qué momento se había encontrado con él?*

Emocionada, Elizabeth sonrió y los miró por unos segundos, antes de retirarse, los suficientes para ver que pronto se abrazaban y el señor Bingley hacía que Jane diera vueltas en el aire.

Lizzy se volvió, creyó sensato permitirles que disfrutaran su dicha en privado, pero su

hermana había advertido su presencia demasiado pronto.

—¡Lizzy...! ¡Oh, Lizzy!

Jane corrió hacia ella.

—¿Lo has visto? ¿Lo has visto todo?

—Una parte, sí —le sonrió—. ¡Felicidades, Jane!

Abrazó a su hermana.

—Soy tan dichosa, Lizzy —su hermana le dijo al oído.

—Puedo observarlo —Elizabeth la separó un poco para mirarla y limpiar una lágrima que rodaba por su mejilla.

—Elizabeth...

La voz de su prometido consiguió que Lizzy apartara su atención de Jane.

—Señor Bingley.

—Espero que le dé gusto por nosotros.

—Tenga toda la seguridad.

—Le pido disculpas por haber demorado tanto en pronunciarme al respecto.

—No es a mí a quien las debe —señaló mirando a Jane.

—A mí no me debe algo —Jane sonrió mirando llena de amor a su prometido—, ya todo está aclarado y este ha sido un momento perfecto.

—Entonces —él apartó la mirada sobre la sonrisa de Jane para volverse hacia ella—, a partir de este momento, ¿puedo llamarla hermana?

—Puedes, hermano —agregó, esperando el abrazo que sellaría el pacto—. Hazla feliz —le susurró al oído.

—Puedes tener la confianza de que será mi prioridad.

Al separarse, Lizzy notó la mirada atolondrada de ambos, era como si no pudieran apartar los ojos del otro.

—Señorita Bennet, ¿me concedería todos los bailes de la noche? —Le propuso ofreciéndole su mano a Jane.

Lizzy detectó la felicidad de la disposición en el rostro de su hermana, pero cuando estaba por confirmar se dio cuenta de que algo la detenía.

—Pero estaríamos dejando a Lizzy...

—Jane... —Lizzy sonrió con ternura, no era posible que ella fuese el obstáculo. A veces pensaba que no merecía tener una hermana tan buena y dulce—, tengo a más de un caballero detrás de mí para que baile con ellos..., como el señor... —por breves segundos no pudo recordar el nombre del admirador de Marianne—, ese de la abadía...

—¡Tilney! —Indicó el señor Bingley.

*Tilney, eso era.*

—Por favor, ve —le suplicó a su hermana.

—¿Estás segura?

—Tanto que, si continúas aquí, a razón mía, yo misma iré a bailar con tu prometido.

Los dos volvieron a mirarse y a sonreír tan enamorados que Lizzy creía que su unión sería, después de las vicisitudes —*y algo le decía que el señor Darcy estaba detrás de esta reconciliación*—, memorable, perfecta e inmejorable.



Distraída en sus pensamientos, Lizzy continuó el recorrido por los jardines tratando, en la penumbra, de reconocer el hermoso paisaje con el que se había familiarizado en el verano. Pensaba que quien fuera la dueña de Pemberley sería muy dichosa, no por la grandeza y belleza del lugar, sino por la compañía y calidad humana de su dueño. Bajó la mirada y trató de mantener a raya su tristeza, ella no era de las que lloraba, pero sentía que algo inexplicable, parecido al dolor, se le había acumulado dentro del pecho.

—Señorita Elizabeth.

Su corazón sufrió un impacto importante cuando reconoció la voz del hombre que le hablaba.

—¡Mr Darcy!

Al volverse pudo mirar al guapo caballero por el que sentía gran admiración y del que se sentía irremediablemente enamorada.

—Felicidades... —consiguió decir tratando de mantener al margen la desazón de su corazón—, es un lindo baile —agregó prefiriendo restar importancia a los detalles relacionados con Emma Woodhouse.

—Gracias —le dijo él, aunque Lizzy notaba que parecía ligeramente confundido—. Había estado buscándola.

*¿A ella?*

—¡Oh...! —Recordó lo que había sucedido entre su hermana y el señor Bingley y supuso, entonces, para qué, luego de sus muchas ofensas aquel baile de primavera, había estado buscándola esta noche—. Claro, por cierto, gracias. Supongo que a usted debo la felicidad de mi hermana.

—Yo, eh... no. Charles nunca ha dejado de amar a Jane.

—Pero supongo que usted ha debido intervenir en cierto grado.

—Solo aclararé algunos puntos de acuerdo a lo que... —hizo un gesto hacia ella, como si estuviese considerando mencionar aquel desafío suyo del baile de primavera— en el pasado hice mal.

—Gracias, señor Darcy —le dijo nuevamente—. He sido testigo del compromiso.

—¿Lo ha visto? —su gesto parecía una combinación de sorpresa y decepción, pero Elizabeth escogió restar importancia a tal detalle. Quizás el señor Darcy se había doblegado para hacerles justicia a su hermana y al señor Bingley, sin embargo, en sus verdaderos sentimientos todavía consideraba a Jane impropia para su amigo.

—Ha sucedido hace unos minutos delante de mis ojos. Solo por verla tan feliz ha valido la pena venir.

—¿Solo por eso?

Lizzy trató de ocultar sus sentimientos.

—El reencuentro con las amistades también...

—Espero le haya gustado la reunión.

A Lizzy le sorprendió esta afirmación.

—Usted...

*¿Estaba él detrás de ese gran detalle?*

Lizzy podía sacar a Anne de la casualidad, entendía que Emma y Anne eran amigas, además de que el capitán Wentworth tenía conexiones con el señor Darcy, pero Elinor y Marianne no tenían relación directa con la pareja.

—Me temo que algunas de sus amigas no pudieron venir, la señora Charlotte Collins, en especial, escribió a Emma para agradecerle la invitación, pero con la buena noticia que reina en Kent estos días, el señor Collins y Lady Catherine han preferido que se quedara en casa cuidando de su salud.

Sí, Lizzy lo sabía, Charlotte también la había sorprendido en una correspondencia con la noticia de que estaba embarazada, pero ello no descalificaba el detalle de que hubiera invitado a las jóvenes que ella había conocido en el baile de invierno.

*¿Por qué lo hizo?*, quería preguntarle, sin embargo, prefirió dejar de darle significado a algo que quizás no tenía importancia.

Lizzy le observó bajar la mirada, como si estuviese afectado por algo, nuevamente le pareció que era el mismo hombre de antes, hasta que unos segundos luego levantó el rostro y clavó sus ojos en los de ella, como si ahí, en su mirada, estuviese una fuente de poder.

—Señorita Elizabeth Bennet había venido a buscarla para solicitarle el próximo baile —soltó de una forma un poco brusca, pero, al mismo tiempo, tan propia de él.

—¿Está seguro?

Él dio un paso adelante y le miró levantar la mano para acariciar su mejilla. Lizzy cerró los ojos, ese contacto le puso cosquillas allí donde la estaba tocando e hizo que un grupo importante de mariposas revoloteara en su estómago.

—¿Por qué no iba a estarlo?

Al abrir los ojos nuevamente, Elizabeth se dio cuenta de que Darcy estaba tan cerca que podían respirar el mismo aire.

*¿Qué significaba esto? ¿Por qué actuaba con ella de este modo cuando estaba comprometido con otra mujer?*

—Lo siento, señor Darcy, pero no puedo aceptar su solicitud —le respondió manteniendo la dignidad.

Lentamente miró cómo la mano que había estado rozando su mejilla descendió a un lado de su cuerpo.

—Supongo que sus sentimientos de aversión hacia mí siguen siendo los mismos.

Ella rio, esta escena le parecía demasiado irónica.

—Le juro que no —le confesó, y, al hacerlo, le pareció que algo en el rostro de él se relajó, como si le hubiese hecho una gran revelación—, pero, en su situación actual me parece inapropiado, incluso que ahora estemos solos...

—¿Mi situación actual...? —Le interrumpió.

—Sí, su compromiso con...

—Hermano... —la voz preocupada de Georgiana Darcy les impidió continuar.

Cuando Darcy se volvió para mirar a su hermana, notó que llevaba una nota en las manos.

—¿Sucede algo, Georgiana?

Lizzy notó que Georgiana lucía afectada, sin embargo, le dedicó una sonrisa que la conmovió. Lizzy y Georgiana se habían conocido en un momento cargado de emociones el pasado baile de invierno, pero habían tenido la oportunidad de profundizar su amistad cuando volvieron a verse acá, en Pemberley, durante el verano. Lizzy le sonrió en deferencia, justo antes de que la joven apartara la mirada para, temblorosa, extender la nota hacia su hermano.

Sintiéndose una intrusa en un momento tan íntimo, Lizzy pensó en disculparse para permitirles estar a solas, pero Darcy no había demorado en leer el contenido de la nota y en cruzar una mirada preocupada con ella.

—Lo siento, señorita Bennet —le extendió la nota—, créame, de verdad, que lo siento.

Confundida, Lizzy tomó la hoja, que funcionaba como conector entre los dos, sin poder apartar la mirada de Darcy, preguntándose qué era lo que estaba escrito ahí y por qué tenía que leer una correspondencia que no iba dirigida a ella.

Él la miró un momento más, parecía agobiado, como si hubiera sido consciente de que al permitirle leer el contenido de la nota estaba colaborando con modificar sus emociones.

Inquieta ya, Lizzy dejó de darle más vueltas al tema y decidió que debía informarse.

Al terminar de leer, las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Por favor, no llore —se acercó acunando su rostro entre las manos para limpiarle las lágrimas, pero con tanta ternura y delicadeza que solo consiguió inquietarla más—. Debo ausentarme, pero usted y yo necesitamos hablar, creo que hay un malentendido entre los dos.

Expresado esto, Lizzy observó su silueta apresurada en dejar el baile que había organizado para comprometerse con Emma Woodhouse.

## Visitas incómodas

—Jane... —Lizzy se abalanzó hacia su hermana cuando se encontraron en el salón—, ha sucedido algo terrible.

—¿De qué hablas?

Al separarse, y sin pensar en que no le pertenecía, Lizzy colocó en sus manos la nota que, minutos antes, el señor Darcy había puesto en las suyas. Esta no iba dirigida a él sino a Georgiana y estaba escrita por Wickham, en un estilo amenazante, impropio, vulgar y con tanta ironía impresa en cada línea, que Lizzy apenas pudo creer que una vez había confiado ciegamente en aquel hombre. En esta le informaba que gracias a su desdén —el de Georgiana— ahora estaba con Lydia Bennet y pensaba fugarse con ella, a menos que su hermano le diese la dote que le había sido prometida antes de que el primer señor Darcy falleciera. Agregó también que de su adecuada intervención en el caso dependía que la reputación de esta joven no se viera en riesgo.

El gran secreto revelado en la carta que el señor Darcy había puesto en las manos de Lizzy aquella mañana, luego del baile de primavera, no había sido admitir que sí había intervenido en la amistad entre el señor Bingley y Jane, o poner al descubierto la naturaleza de Wickham. El verdadero secreto, el que la conmovió y le hizo cambiar definitivamente la opinión que tenía de él, era uno que le hacía vulnerable, que —ella entendía— no le había sido fácil describir puesto que estaba relacionado con la pureza de Georgiana.

Había sucedido que el verano del año anterior, Georgiana había ido con su institutriz a Ramsgate, donde se había encontrado con el señor Wickham. En aquel momento, Lizzy no necesitó avanzar más en la lectura para comprender los verdaderos motivos del despiadado, que no eran otros que conseguir la fortuna de los Darcy por cualquier medio: la muy joven e inocente Georgiana. Afortunadamente, su hermano la había encontrado a tiempo y salvado de la imprudencia de fugarse con un hombre que solo la había buscado por su dinero, sin que le importara la deshonra y el escándalo a los que la exponía.

Esa fue la primera vez que Lizzy sintió la injusticia de sus acusaciones hacia Darcy. Ahora, con un nudo en la garganta, apenas podía creer que una circunstancia tan cruel estaba por sucederle a su propia hermana. Es que si tuviera la oportunidad, con todo lo impropio que sería, igual que él en el baile de invierno, tampoco controlaría sus impulsos contra Wickham.

—Lizzy... —al terminar de leer, la voz de Jane era quebradiza.

—Hemos caído en desgracia, Jane.

—¿Qué sucede? —Preguntó Charles, que no se había separado de su hermana por ningún motivo.

—¿Puedo? —Jane solicitó la autorización de Georgiana (que tampoco se había separado de Lizzy) y de su hermana, antes de mostrar el contenido de la nota a su prometido. Georgiana solo miró a Lizzy, dejando que fuese ella quien decidiera.

—Por supuesto.

Al terminar de leer la nota, Charles se manifestó.

—Y Darcy ha ido tras ellos —resumió.

—Estoy tan avergonzada —agregó Lizzy— cubriéndose el rostro con las manos.

—Todo va a estar bien, Elizabeth, si él me lo hubiera confiado, le habría acompañado, pero les prometo que todo va a estar bien. Darcy lo resolverá.

*Darcy...*

Lizzy suspiró, la imagen del señor Darcy alejándose pasó delante de sus ojos motivándola a hacerse tantas preguntas que nadie más que él podía responder.

—Señor Bingley... —al escuchar la voz de Emma, Lizzy se volvió para mirarla y tener con ella todas las cortesías esperadas entre dos conocidas. Por una vez, Lizzy se sintió intimidada ante la belleza y elegancia de la joven y reparó en la perfecta pareja que haría con él—, ¿dónde está el señor Darcy?

Además, era incapaz de tutear a alguien, era en exceso respetuosa.

—Darcy... —Bingley se separó un poco para atender a su amiga—, ha sucedido algo, mi querida Emma.

—¿Algo como qué? —Al escuchar la forma en que demandaba conocer su paradero, Lizzy observó que Emma lucía muy preocupada y pensó que, quizás, al margen de la conveniencia, la joven tenía sentimientos por el señor Darcy. Lo cual le dolió profundamente.

—Un contratiempo importante.

—¿Qué puede ser tan importante en una noche como ésta? Es... —Lizzy notó que la joven miraba a su nuevo hermano con complicidad— momento de hacer el anuncio —expuso en tono bajo, pero aún audible—. ¿Podemos hablar en privado?

Bingley cruzó la mirada con Jane, quien aprobó su solicitud con una sonrisa sensible.

—¿Va a estar todo bien entre tú y Charles? —Le preguntó cuando estuvieron sin su compañía, Lizzy necesitaba confirmar que por la imprudencia de Lydia no se viera limitada su felicidad.

—Eso espero, Lizzy.

No sería raro que por el escándalo de tener una hermana perdida, se anulara el compromiso, pero Lizzy confiaba en que el amor que se tenían superaría esta adversidad.

—Necesito escribir a los tíos —anunció—, ¿me ayudas, Georgiana?

Un lugar en el que pudiera estar sola, hojas, tinta y una pluma, era lo que necesitaba en este momento.

—Vamos.

Y con toda presteza, Georgiana dirigió a Lizzy a la oficina de su hermano.



Lizzy había iniciado la carta que se apresuraría a enviar a sus tíos en Londres, donde les explicaba lo que había sucedido con Lydia, cuando su narración fue interrumpida por la presencia de alguien.

—Señorita Bennet...

*Lady Catherine de Bourgh.*

Incómoda por la visita, Lizzy se levantó del sillón que ocupaba para realizar la respectiva deferencia a su señoría.

—¿Qué hace acá si estamos celebrando un importante baile?

—Si su señoría me permite reservarme mis motivos.

—Iré al grano, señorita Bennet, sé muy bien lo que ha sucedido esta noche, la razón por la que mi sobrino ha dejado su propio compromiso para resolver un desagradable inconveniente de su familia.

—Desconocía la razón por la que se ha marchado, sino le habría detenido.

—Verá, mi sobrino es un joven que rechaza las injusticias, pero, personalmente, creo que de su hermana, *o cualquiera de las Bennet*, con la educación libertina que han tenido desde casa, no esperaba menos.

—¡Lady Catherine, no le permito que se exprese de ese modo de mi familia! Está, usted, insultándome.

—Un insulto y una vergüenza sería que Emma Woodhouse se diese cuenta de que ha sido para resolver problemas domésticos de otra mujer que su futuro esposo ha dejado la celebración de su compromiso.

—Si así lo ha decidido el señor Darcy ha sido en conocimiento de los riesgos.

—¡Prométame que cuando regrese, le persuadiré para que deje esa empresa y usted desaparecerá de su vida para siempre.

—Puedo prometerle que hablaré con él para que no intervenga en el caso familiar, eso lo resolverán mi padre y mi tío.

—¿Y usted desaparecerá de su vida?

—Si antes del anuncio del compromiso queda algo por resolver entre su sobrino y yo, me temo que no podré prometerlo.

—¿Qué dice?

—Lo siento, señora, pero ya no deseo hablar con usted.

Lizzy firmó las hojas que había estado escribiendo, las dobló, echó dentro de un sobre y salió de la oficina del dueño de la casa sintiéndose enfadada, pero, sobre todo, humillada.

## Propuestas

Al margen de lo que sucedía a las hermanas Bennet, Elinor trataba de disfrutar el baile, no había visto antes tanta gente elegante reunida, en la que había apreciado encontrarse con sus amigas, ver a su querida Anne tan enamorada, y con la buena noticia de que estaba en la dulce espera, así como a su hermana tan saludable, divertida y recuperada de aquel verano devastador; comenzaba a sentir que un ciclo se estaba cerrando y estaba segura de que no faltaba mucho para que el coronel se declarara y la solicitara en matrimonio; solo esperaba que su hermana se diera una oportunidad a sí misma para ser verdaderamente feliz con un hombre que la amaba de verdad. Pero, aunque Elinor sonreía ante tales expectativas, en silencio su corazón sufría pues, para el momento en que, con nostalgia, miraba a las parejas bailar, solo podía pensar que, a estas horas, Edward, el hombre del que se había enamorado en Norland Park, su residencia antes de Barton, ya debía estar casado con Lucy Steele.

—Pagaría las libras de las que carezco por conocer sus pensamientos...

Al escuchar estas palabras tan cerca de ella, Elinor pensó que su imaginación estaba jugando con sus sentimientos.

—Señorita Dashwood.

Pero el timbre y la calidez de su voz solo podían pertenecer a...

—¡Edward...!

Confirmó que se trataba de él al volverse.

—No ha sido sencillo dar con usted, pero gracias a su madre y a nuestro amigo en común —Elinor comprendía que por “amigo en común” se refería al coronel Brandon, a través de ella se habían conocido y, por medio de ella también, Edward había obtenido un beneficio con el que podía sostener una familia, *aunque fuese en unión con alguien más*—, he dado con usted.

Elinor sintió que Edward tomaba su mano.

—Y cruzaría el país nuevamente, si lo ameritase el caso, con tal de encontrarla y aclarar cualquier diferencia entre los dos.

Elinor escuchaba las palabras de Edward sin poder comprender algo de lo que estaba pasando.

Lo sucedido entre ambos había sido que, cuando regresó a Devonshire, tras la recuperación de Marianne en Bath, Edward también estaba allí, solo que no había ido por ella sino por una de las señoritas Steele, Lucy, a la que Elinor había conocido y frecuentado, antes del verano, por ser pariente de la señora Jennings.

Cuando Elinor y Edward se conocieron en Norland, luego del fallecimiento del señor Dashwood, había sido demasiado tarde para ambos, pues él, desde hacía algún tiempo, había dado su palabra a Lucy. Aun, con tal conocimiento de hechos, mientras le sabía soltero, Elinor había albergado la esperanza de que algo impediría la boda, pero las noticias, antes de que ella y Marianne recibieran la invitación al baile de otoño, eran que Lucy y el señor Ferrars ya estaban casados.

—No diga eso —sonrojada, pero mirando en todas las direcciones, intentó zafarse de su mano—. ¿Está la señora Ferrars en Pemberley?

—¿Mi madre en Pemberley? Nada de eso, mi madre está en casa.

—Me refería a la señora de *Edward Ferrars*.

Elinor notó que Edward se sonrojó también pero, tomando su mano nuevamente, la miró directo a los ojos.

—La señora de Edward Ferrars, si usted me hiciera el honor de aceptarme...

Elinor sintió que sus emociones comenzaban a acumularse en su garganta y que había un importante contenido de lágrimas clamando por expresarse.

—La tengo frente a mí.



Tomándose un tiempo del baile, ahora Marianne paseaba del brazo del coronel Brandon por los jardines de Pemberley.

—Señorita Marianne, supongo que sabe que la admiro desde que la conocí en el baile de invierno.

Marianne bajó la mirada, sintiéndose sonrojada, pero asintió ligeramente. Para nadie había sido un secreto su interés en ella, solo que ella había tratado de ignorarlo hasta que, bueno, sufrió aquel desengaño que rompió su corazón en partes que ella jamás pensó que volvería a reunir.

—Y sé que su corazón ha sido ocupado por fuertes sentimientos por alguien más —ella continuaba sin poder mirarle a los ojos, imaginaba lo que iba a decirle, lo que iba a proponerle, un momento que había temido por semanas y que ella debió frenar, pero...—, pero creo que usted me ha hecho creer que puedo optar, sino por su completo corazón, siquiera por una pequeña parte, un fragmento de la dulzura y sensibilidad que guarda allí. Señorita Marianne, ¿quisiera usted...?

—Coronel Brandon... —le interrumpió—, me hace un gran honor y, créame, no existe un ser superior a usted sobre la tierra.

—Pero...

—Pero si lo que está por pedirme es que sea su esposa, me temo que no puedo aceptarle, señor —Marianne sintió que una parte importante de su reconstruido corazón se rompía nuevamente, le tenía afecto al coronel, seguro que sí, pero ella no se había recuperado del todo, y cuando ella amaba lo hacía completamente, no sabía fragmentarse. Sus sentimientos aún le pertenecían a aquel hombre que le era innumerable e imposible—. No mientras siga luchando por olvidarle..., no mientras aún...

*Le ame.*

—No sé si algún día pueda olvidar aquello que creía amor, coronel.

El coronel la miró con una comprensión que le brindaba calidez a su alma, como si esta respuesta no le hubiera significado una sorpresa.

—¿Podría aspirar a que un día, cuando sus sentimientos cambien, usted encuentre en mí a un compañero?

—No sé qué responderle —dijo bajando la mirada, se había dado cuenta de que se había equivocado nuevamente, como cuando se exhibió con alguien más, dejando, esta vez, que el coronel pensara que podía optar por sus sentimientos.

—No insistiré, estos detalles pueden ser molestos.

—Prefiero que no piense eso —aguardó unos segundos antes de continuar—. Coronel, deseo que sepa que una importante parte de la mejoría de mi estado de salud la debo a su amistad —sí, él, con sus hermanas, su madre y las cartas de Lizzy fueron los *elementos* de su recuperación— y de ello voy a estar siempre agradecida.

—No me dé las gracias, solo he actuado en beneficio de usted. De su salud.

En la emoción del momento, sin pensar que podía ser impropio, Marianne se inclinó para abrazarlo y decirle al oído: —Por siempre será mi gran amigo.

Él asintió y un segundo luego, encima de su cabeza, ella sintió que suspiraba.

—Esa es una oferta inmejorable, casi como mi aspiración —le escuchó decir con voz de resignación.

—Gracias —se separó un poco para mirarle, él parecía afectado.

—Qué dice si volvemos al salón y toma asiento, la he tenido ocupada toda la noche.

—Me gusta la idea, pero preferiría que bailásemos una vez más.

—Estoy aquí para cumplir sus deseos.

### **Si la quisiera menos...**

Emma salió del salón con la intención de calmar los nervios y descansar un poco, necesitaba un respiro, había planificado este baile con tanto detalle para que saliera perfecto, que el inconveniente que conllevó a la ausencia del señor Darcy significó un retraso importante en el cumplimiento de la agenda.

La noche estaba fría pero todavía se podía estar afuera, desde la terraza caminó por los jardines, sobre las hojas secas de Pemberley, cuando, en la penumbra, escuchó el galope de un caballo.

*Al menos regresaba a tiempo para continuar el plan que habían trazado.*

Se cubrió con la chalina, pues pensó que su padre se habría opuesto a que las corrientes de aire la enfermasen, y se acomodó junto a un árbol para esperarlo, desde hacía mucho que había que anunciar el compromiso.

—¿Qué ha pasado? —Le preguntó cuando, entre las sombras de las ramas de los árboles, le distinguió caminando hacia ella; aunque había tratado de indagar con Charles, su buen amigo solo le había expuesto que estaba imposibilitado para dar la información, pero que algo grave había sucedido—. ¿Por qué se ha marchado así de imprevisto?

—Me confunde usted...

Cuando Emma distinguió la voz de quien le hablaba supo que el visitante no era el señor Darcy sino su otro amigo, aquel que en los últimos meses había hecho de sus días una intensa confusión de sentimientos.

—Señor Knightley...

Por supuesto que era él. No había podido prescindir del señor Knightley, la suya fue una de las primeras invitaciones elaboradas y enviadas, él siempre había formado parte de su vida y, a pesar de las circunstancias, esperaba que esta noche también estuviera presente.

—Emma... —dijo su nombre con dulzura.

Emma le había admirado desde que lo había conocido, y con la edad de trece años, ella, que todavía era una niña, pensaba que era un hombre atractivo y resuelto, que dominaba su propio mundo, aunque ni en aquel entonces ni ahora se permitía esa clase de pensamientos.

—Usted...

—¿Es que esperaba a alguien más?

—Sí..., no... Es solo que... —aunque deseaba que estuviera aquí, una parte de ella había perdido la esperanza de que fuera a presentarse—. No importa.

—¿No importa?

—Bueno, la verdad es que tampoco lo considero un gran aficionado a este tipo de entretenimientos.

Aunque estaban en los jardines de Pemberley, él miró alrededor como si estudiara la conveniencia del baile.

—No creo que este sea cualquier entretenimiento, Emma, organizar un baile para anunciar un compromiso es muy propio de usted, pero, espero que no hubiera recurrido a esta medida por despecho, no cuando...

—¿Por despecho?

—¿Está, usted, bien? —Dijo avanzando hacia ella.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Frank Churchill y Jane Fairfax. No ha debido ser fácil para usted. En realidad, ha sido una sorpresa para todos.

Por supuesto, como todo Highbury, el señor Knightley también pensaba que ella estaba enamorada de Frank Churchill.

—Para mí también ha sido inesperado, no lo he supuesto, pero no me ha afectado como usted piensa, mis sentimientos por él nunca estuvieron comprometidos.

—¿Entonces por qué lo hace?

—¿A qué se refiere?

—Al compromiso.

—El compromiso es una forma de demostrarle a usted que sí puedo celebrar una unión de amor.

Al reconocerlo, Emma se sorprendió de sus verdaderas intenciones con el baile de otoño.

—¿Es eso...? —Aunque rio con cierta ironía, a Emma le pareció que su mirada lucía turbada—. ¿Le ama?

—Desde el baile de invierno.

Emma le vio fruncir el entrecejo y bajar la mirada.

—Sí que ha jugado con mis pensamientos, Emma. Pensé que Frank Churchill representaba un obstáculo, pero Darcy...

*¿Frank Churchill?*

—Darcy creyó que sus sentimientos no eran recíprocos, pero luego me contó lo que había sucedido y entre los dos convenimos este plan de hacer un compromiso público.

Lo recordaba bien, aquella había sido una intensa noche.

Cuando en el baile de primavera su amigo le solicitó que atendiera a la señorita Bennet, que parecía conmovida por algo que él no podía adivinar, lo que Emma encontró fue al señor Darcy, demasiado furioso como para ser racional; de acuerdo a lo que él mismo le había confesado luego, unos minutos antes le había propuesto matrimonio a la misma joven por la que latía el corazón del señor Knightley.

—...¿Usted también?

Había sido el reproche de Emma en aquel momento.

—¿Yo también?

Indagó el señor Darcy, inocente de lo que sucedía bajo sus narices.

—*¿Usted también ha caído en los artificios de esa mujer...?*

Se le había escapado ese comentario desdeñoso que, además, exponía los celos que le tenía a la señorita Elizabeth Bennet.

—*¿Yo, y quién más, Emma?*

Emma había tenido que intervenir para controlar al señor Darcy, cuando, en aquel momento, el señor Knightley se presentó para saber si había podido intervenir con la señorita en cuestión y averiguado qué le pasaba.

—*No se exponga de este modo, señor Darcy.*

Había continuado luego de que le presentara sus disculpas al señor Knightley, pues no había podido averiguar algo.

—*¿Knightley?*

Le dijo el señor Darcy, bastante sorprendido y contrariado, cuando estuvieron solos nuevamente. Emma solo supo encogerse de hombros.

—*¿Piensa proponerle matrimonio?*

Indagó conteniendo la ira.

—*Estoy convencida de que no demorará en hacer un ofrecimiento.*

Emma recordó que esa fue la primera vez que le perturbó la idea de perder para siempre al señor Knightley.

—*Tal vez tenga mejor suerte que yo.*

Fue lo último que le escuchó decir antes de que ella tratara de consolarlo y de hacerle ver que, si luchaba por ella, conseguiría su objetivo, pero el señor Darcy había sido claro en que no había posibilidad para ello. Emma creyó leer entre líneas que la señorita Elizabeth Bennet le despreciaba. Esa noche evitó indagar más sobre el particular, pero el señor Darcy se abrió respecto a algo más, su intervención al separar al señor Bingley y a Jane Bennet. Desde entonces, conmovida por lo que había sucedido, Emma adoptó el plan de reunirlos.

—Es un hombre afortunado —la voz del señor Knightley la trajo al presente.

—Lo es. Y Jane Bennet es una joven extraordinaria...

—Siendo tan joven —dijo él, como si no pudiera detener el hilo de sus pensamientos—, haber conquistado el afecto de alguien como usted.

—¿Como quién?

—La felicito, Emma —sus miradas se encontraron.

—Gracias, aún no se ha anunciado el compromiso, pero sé que ella dijo que sí.

El señor Knightley frunció el entrecejo nuevamente.

—¿Ella?

—Jane Bennet.

—¿Qué tiene que ver Jane Bennet con su compromiso con Darcy?

—¿Con el señor Darcy...? ¿Quién se ha comprometido con el señor Darcy?

—Usted, Emma, ¿qué está tratando de hacer conmigo?

—¿Con usted?

—¿Va a celebrar esta noche un compromiso con Darcy o no?

—¡El único compromiso que va a celebrarse esta noche es el de Jane Bennet y Charles Bingley! —Repuso enfadada, levantando la voz con la misma vehemencia que lo hacía él.

—Pero la invitación...

La invitación, ella lo reconocía, había sido redactada de tal modo que llamara la atención de Elizabeth Bennet. Necesitaba hacerla reaccionar, que se diera cuenta de la clase de hombre que podía perder si no ponía de lado su orgullo.

—La invitación es lo que es. Ahora, qué me dice usted, señor Knightley, con cuál derecho me reclama cuando usted mismo... Usted... —Emma sintió que la voz se le cortaba y se volvió para cubrirse el rostro con las manos. No quería que el señor Knightley la viera llorar.

—¡Emma! ¡Oh, Emma!

Emma sintió el calor de su cuerpo detrás del suyo y que sus manos se colocaban en su cintura para volverla hacia él.

—Mi Emma...

El señor Knightley le apartó las manos del rostro para limpiarle las lágrimas.

—Si la amara menos, pudiera hablar más de ello<sup>[2]</sup>.

*¿Cómo?*

—¿Qué dice? —Ella trató de reaccionar a tiempo—. ¿Qué ha dicho?

El señor Knightley le acarició la mejilla, mirándola como lo que Emma quería pensar que era un hombre enamorado, pero, ¿podía ser verdad?, ¿era cierto lo que había escuchado?

—Permítame tener una esperanza.

—Señor Knightley...

—George.

Ella creyó sonrojar.

—Geor...

Intentó decirlo, pero en la mitad de su nombre sintió que sus labios eran tocados por los suyos.

—Un momento —unos segundos luego se separó bruscamente de él al recordar las revelaciones de su amiga—, ¿qué sucede con Harriet?

—Me contenta que lo pregunte, y espero que, esta vez, no piense intervenir.

Durante unos segundos, Emma pensó que se retractaría del “si la amara menos”, pero ello no era lo peor, hasta ahora entraba en razón, el señor Knightley le había confesado que la amaba y la

había besado, besado sus castos labios, sin embargo, ello no aclaraba las afirmaciones de Harriet Smith.

—Si se trata de su felicidad —Emma no podía mirarlo al decir lo que a continuación—: no lo haré, señor Knightley, la de hoy será mi última intervención.

—Me agrada mucho escuchar eso. Y, sí, estoy convencido de que se trata de su felicidad.

Emma se volvió, prefería no mirarle cuando dijera que amaba a Harriet.

—He conversado nuevamente con Robert Martin y le he convencido para que renueve su propuesta a Harriet.

—¿Qué ha dicho?!

Se volvió hacia él, emocionada y confundida al mismo tiempo.

—Prométame que no intervendrá en la felicidad Harriet Smith y Robert Martin.

—Lo prometo, pero...

—¿Pero?

Emma puso distancia entre ambos.

—¿Qué hay de sus sentimientos?

—¿Cuáles sentimientos?

—Los suyos por Harriet.

—Es una joven risueña y encantadora, pero, ¿qué importa eso ahora?

Dentro de sí, Emma sintió el reflejo de la disolución de la duda, lo había dicho con tal frescura y naturalidad, sin afectación, que era obvio que los sentimientos de Harriet estaban confundidos, que no significaba nada para él y que ella, *Emma*, lo era todo.

—Emma, hable claro, por favor.

—Ella me dijo..., ella me confesó que... —Emma no pudo continuar, si él no sabía algo de lo que Harriet le había confesado, prefería guardarle el secreto—. Le prometo que la de Jane Bennet será mi última intervención... No pude evitarlo... —soltó nerviosa, como si necesitara justificarse—, cuando en el baile de primavera, nuestro querido Darcy me contó lo que pasaba, se convirtió en mi empresa, yo, como muchos, habíamos sido testigos del enamoramiento de Charles Bingley y Jane Bennet en Highbury, entonces, ¿cómo no iban a estar juntos?

—Me contenta que lo reconozca —ella sonrió con cierta vergüenza pues, sí, él le había advertido que era una locura intentar la unión para la cual había sido concebido el baile de invierno—, pero, por favor, continúe.

Ella asintió con una sonrisa que iluminó el alma del señor Knightley.

—Por una mala lectura del señor Darcy en los sentimientos de Jane por el señor Bingley, lo cual hizo saber a su amigo, no habían continuado esas relaciones. Además, necesitaba hacerlo para ayudarle también...

En esta parte Emma se detuvo.

—¿A Darcy?

—Sí, a Darcy... —señaló titubeante—. ¿Está seguro de lo que me ha dicho?

—¿Sobre Robert Martín y Harriet Smith?

Ella agitó la cabeza para negarlo.

—Sobre sus... sentimientos —*por ella*.

Emma todavía no creía que fuese cierto, que todo este tiempo ella había estado enamorada del señor Knightley y él de ella.

—¿Acaso lo duda? —Indagó atrayéndola hacia él por la cintura.

—Antes de Harriet, usted...

—¿Me dirá de una vez lo que sucede con Harriet?

—Nada, nada, pero antes creí que usted le haría una propuesta a la señorita Elizabeth Bennet.

—Elizabeth Bennet es una joven encantadora, viva e inteligente, siempre se lo he sugerido, que me gustaría que intimaran, me parece la clase de amigas que debería tener, Emma, como Jane Fairfax o las Dashwood.

—¿Es solo eso?, ¿está seguro?

—Como de que la amo desde que usted tenía trece y yo veintinueve, o algo así.

Emma sintió que su corazón se detenía por un segundo.

—¿De verdad?

—Así es. Creo que fue la primera vez que despertó en mí algo más que un afecto fraternal. Pero continúe.

—¿Cómo espera que continúe cuando ha dicho que me ha querido desde mis trece años?

—Dijo ruborizada, sacudiendo la cabeza pero con una ligera sonrisa en los labios.

—Es la verdad —con el dedo en la barbilla consiguió que le mirara fijamente—. Pero no sabía cómo estaban sus sentimientos respecto a mí —le besó la mano.

—Ahora ya lo sabe —bajó la mirada, todavía incrédula de lo que estaba sucediendo. Él le colocó un beso en la frente—. El asunto... —se aclaró la garganta, se sentía tan feliz que todo lo demás pasaba a un segundo plano—, el asunto es que con mi intervención... —se sentía distraída por el contacto del señor Knightley, que le acariciaba la mejilla—, intentaría que Darcy obtuviera un poco de atención de la señorita Elizabeth Bennet.

—¡Claro! —Se separó un poco, como si necesitara del espacio para pensar—, a Darcy le gusta la señorita Elizabeth Bennet. Lo noté desde el baile de invierno, pero es un tipo tan ensimismado y orgulloso que ha preferido mantenerla al margen.

—¿Usted lo sabía? —Emma estaba sorprendida.

—Solo por observación.

—Me sorprende esa cualidad suya.

—No creo que sea una cualidad, ser observador puede ser perturbador muchas veces —agregó robándole un ligero beso.

—¿Ah, sí?

—Seguro, pero, por favor, no nos detengamos en ese detalle.

—Muy bien, pero le confiaré algo, un secreto entre el señor Darcy y yo: le propuso matrimonio el pasado baile de primavera.

—¿A Elizabeth Bennet? —Al escuchar esto, el señor Knightley soltó una carcajada.

—¿Qué? ¿Qué?

—Nada, solo recordé cuando, en el baile de invierno, Bingley le sugirió que la invitase a bailar, pero él no la creyó “demasiado hermosa para tentarlo”.

—¿Eso dijo?

—Orgullosa, se lo he dicho, pero un gran amigo. Uno que creí, sin que él tuviera noción alguna —el señor Knightley alcanzó su mano—, que estaba robándome a mi prometida.

Cuando besó el dorso de su mano, Emma sintió que esta vez el cosquilleo le recorrió todo el cuerpo.

—Pero sáqueme la duda, ¿están secretamente comprometidos?

Emma negó con la cabeza.

—Ella le rechazó —aclaró lo que sabía.

—¡Wow...!

—Increíble, ¿no?

—Eso debió destruir el orgullo de Darcy. Estoy muy sorprendido.

—Así estuve yo por unos días, hasta que resolví que en mi proyecto tenía que darle un empujoncito. Ahora entenderá por qué me pareció justo intervenir.

—Ha hecho bien, Emma, pero, prométame que la última boda que planeará será la suya conmigo.

Emma se sonrojó.

—Lo prometo.

—Ahora, qué me dice si pasamos al salón y me concede un baile.

—El primero de todos los demás.

—Para siempre.

—Para siempre.

## Camaleón

Al sentir que unos dedos acariciaban su mejilla, Lizzy despertó de un breve sueño; había sido acomodada en una de las habitaciones de Pemberley para que se recuperara.

Un repentino dolor de cabeza había sido la excusa para que Jane y ella pudieran marcharse del baile, la situación de su hermana la tenía demasiado preocupada para permanecer allí, necesitaba moverse, hacer algo, no había estado bien que el señor Darcy se hubiera marchado para buscarlos, a Lydia y a Wickham, mientras ella y Jane se quedaban a mirar de brazos cruzados; pero Emma, que en el preciso momento se había acercado al grupo, acompañada por el señor Knightley, se lo impidió:

—*¿Retirarse?*

Le había cuestionado, como si marcharse del baile fuese algo impensable.

—*Sí, eh..., bueno, yo no he estado sintiéndome bien.*

—*Por Dios, señorita Elizabeth.*

En el momento, Emma se desprendió del brazo del señor Knightley para tomar el suyo.

—*Permítame acomodarla en alguna de las habitaciones hasta que se sienta mejor.*

Lizzy sintió que ya Emma tuviera la autoridad de disponer a su antojo como dueña y señora de Pemberley.

—*No es necesario...*

—*Deje de decir tonterías, es lo menos que el dueño de la casa querría para usted, si conociera su estado de salud. Déjeme localizar a la señora Reynolds para que la acomode en una de las habitaciones.*

De nada había servido oponerse, Emma se lo había tomado como una misión, Lizzy suponía que sabía lo que había sucedido entre ella y Darcy en la primavera y que necesitaba tenerla cerca cuando se anunciara el compromiso para fijar los límites entre ellos.

En la habitación donde fue acomodada había recibido visitas de Bingley y su hermana; Anne y el capitán Wentworth; Elinor y su prometido Edward Ferrars, fue agradable poner un rostro al hombre del que Elinor estaba enamorada, este, alguno de los secretillos que Marianne compartía con ella en su correspondencia; por supuesto, la misma Marianne, acompañada por el coronel Brandon; incluso Emma y el señor Knightley; hasta que en algún punto las visitas cesaron y ella finalmente sintió la tranquilidad de estar acompañada únicamente por sus reflexiones para darle un millón de vueltas a lo que acontecía con su hermana menor y lo que estaba por suceder esta noche, el compromiso del hombre al que amaba. Pero imposibilitada de encontrarle solución a algo y agotada de darle demasiadas vueltas a los temas, se quedó dormida.

—*¿Está usted bien?*

Al abrir los ojos, encontró delante de ella la dulce mirada del señor Darcy, no la de la hermosa pintura que colgaba de la pared, sino la del verdadero, que ocupaba un lugar a su lado, en el borde de la cama.

—Su amiga..., su... —*prometida*, pensó cuando hizo el esfuerzo de incorporarse—, Emma, exageró un poco cuando me acomodó acá... —se apoyó sobre los codos y paseó la mirada por la elegante alcoba en la que había sido puesta, por órdenes de la futura dueña—, ¿es esta su habitación?

—Lo es.

—Ha de sentir que estoy invadiendo su privacidad —trató de incorporarse pronto, pero mientras ella balbuceaba que solo se había sentido algo mareada cuando fue traída aquí, él lentamente acomodó su mano sobre su vientre para que permaneciera en su lugar.

—Nada de eso.

La calidez de sus palabras hizo eco en su corazón.

—Ha sido usted muy hospitalario, señor Darcy, y lamento que mi familia hubiera interrumpido su noche, pero ya no tengo el temple de quedarme a mirar.

—¿A mirar?

—El compromiso.

Lizzy creyó verlo sonreír.

—No diga eso, su presencia es importante.

—Ah, ¿sí? Supongo que será un gran éxito para usted echarme en cara el anuncio de su compromiso. ¿Me disculpa? —Solicitó un espacio para salir de la cama. Contraria a la calma de Darcy, Lizzy se sentía cada vez más inquieta.

—¿Por qué no querría estar? —Dijo apartándose para complacerla. Lizzy notó que Darcy no demostraba su lado orgulloso sino uno muy risueño que conseguía irritarla y mucho.

—¿Por qué no...? —Le miró incrédula—. Usted es un camaleón, ¿no es cierto?

—¿Un camaleón?

—Si una de esas lagartijas que cambian de color de acuerdo a las circunstancias.

—¿Me ha comparado con una lagartija?

Por un segundo Lizzy se arrepintió de la comparación, pero él parecía divertido.

—¿Le parece que cambio de color...? —dijo levantando los brazos alternativamente, para verificar allí los colores que ella refería.

—Es una metáfora para sus cambios de humor. Cada vez que le veo no sé con cuál de sus versiones voy a encontrarme; algunas veces se presenta orgulloso y distante; otras, como en el verano, amable y cariñoso; pero ahora parece estar divirtiéndose por la influencia que ejerce sobre mí.

—¿Es que ejerzo alguna influencia sobre usted, señorita Lizzy?

—...Sí —trató de disimular todo lo que le había gustado escuchar ese *Lizzy* viniendo de él—, y estoy segura de que me quiere aquí para torturarme —cerró su discurso terminando de alisar su vestido con las manos.

—Luce muy bonita.

—¿Ah?

*¿De verdad estaba haciéndole un cumplido después de lo que le había dicho?*

—Siempre es la mujer más hermosa para mí —se incorporó también hasta quedar delante de ella. Lizzy sintió que su respiración se volvía irregular—. Por favor —dijo reteniéndola por el brazo—, permítame explicarle lo que sucede. He traído noticias de su hermana.

A esto, Lizzy no pudo negarse.

—¿Qué sabe de Lydia? —Le exigió mirando el detalle de la mano de él sobre su brazo.

—Estaba por fugarse con Wickham cuando les he encontrado.

El corazón de Lizzy se aceleró un poco, pero sabía que se trataba de la impresión de que nada pudiera arreglarse sobre el bienestar de su hermana y toda su familia. Por un instante recordó fragmentos de la carta en la que Wickham amenazaba a Georgiana con conseguir la desgracia de Lydia si su hermano no facilitaba la dote que exigía.

—¡Oh, por Dios, Señor Darcy! —Exclamó cubriéndose el rostro antes de llorar desconsoladamente, pero él apartó sus manos y le levantó el rostro con el dedo—. Supongo que ya está todo perdido.

—No, todo está arreglado.

—¿Arreglado?

—Wickham y su hermana se casarán por la mañana, y su hermana Jane, Bingley, usted y yo seremos testigos de la unión.

—¿Qué dice...?

El recuerdo de aquel puño de Darcy en Wickham, en el baile de invierno, cuando le encontró bailando con Georgiana, cruzaron su mente. No debía ser fácil tener que hacer de mediador en la relación de una desconocida con el hombre que un tiempo atrás casi compromete la integridad de su propia hermana.

—Como lo escucha, ni su reputación ni la de Jane se verán afectadas por la de un hombre que, por desgracia, ha estado relacionado con mi familia y que se ha aprovechado de la inocencia de su hermana menor solo porque descubrió mi punto débil.

Lizzy trataba de darle sentido a lo que estaba escuchando, pero no podía, eso sería suponer que...

—¿Su punto débil? —Agitó la cabeza. No, no podía ser, tenía que estar confundida. Muy equivocada—. ¿Por qué le importa la reputación de Jane o la mía?

Lizzy conectó su mirada con la suya, quería encontrar allí toda la verdad.

—¿Por qué lo ha hecho?

—Por usted... —por un segundo Darcy desconectó la mirada—, mi punto débil.

Cuando volvió a mirarla, Darcy levantó una mano y acunó su rostro antes de acariciar su mejilla con el pulgar.

—Si sus sentimientos son distintos a los de la pasada primavera, por favor, dígame ahora —Lizzy buscó en su mirada algo parecido a la burla, pero en sus ojos solo encontraba sinceridad

y, ella deseaba pensar, amor.

Su corazón palpitaba agitado y confundido, había venido para presenciar el compromiso del señor Darcy con otra mujer, sin embargo, él parecía estar renovando aquellos que unos meses atrás le había confiado, ¿de qué se trataba esto?

—Si fuesen distintos a los de la pasada primavera, ¿de qué sirve?, usted va a casarse con Emma Woodhouse, ¿o es que espera que sea su amante? Porque de ser así, señor Darcy...

Lizzy no pudo continuar, pues el señor Darcy, camaleónico como ya se había presentado en otros encuentros, se abalanzó hacia ella hasta dejar presionados sus labios contra los suyos.

—Emma Woodhouse —le explicó al concluir un beso que Lizzy no olvidaría jamás— ha sido mi cómplice en todo. En el pasado baile de primavera consiguió que le confesara algunas cosas y ella, amablemente, se ofreció a ayudarme. Confiaba en que, si llevábamos a cabo este plan críptico de anunciar el compromiso de su hermana Jane en una tarjeta, me ayudaba a conseguir con usted dos cosas, su atención y mi redención.

Al notar que Lizzy se había quedado sin palabras, continuó su explicación.

—Aquella noche del baile de primavera, Elizabeth, usted me dio una lección.

—Aquella noche fui muy grosera con usted.

—No lo fue. Al golpear mi orgullo, me hizo reflexionar, yo me creía, por mi posición en la sociedad, el más importante del reino, alguien superior a usted, pero usted... —Darcy tomó su mano para besarla—, me demostró que estaba errado en muchas de mis percepciones y que había sido prejuicioso, pero, sobre todas sus enseñanzas, me demostró que usted, señorita Bennet, no estaba por debajo de mí, sino que era mi igual.

Lizzy hurgó nuevamente en su mirada, sabía que Darcy había sido juzgado como un ser orgulloso, pero nunca como un mentiroso, solo ella lo había creído así en lo tocante al tema Wickham, pero gracias a su poderosa carta, él le había demostrado que era intachable. Era imposible que ahora estuviese mintiendo.

—Usted obró en mí. Me educó, me enseñó a respetar y a no ser prejuicioso e intolerante. Ya creo que podría invitar a bailar, en un baile público, a una señorita desconocida, si esa señorita fuese usted.

Lizzy hizo una mueca que él disfrutó.

—Una señorita apenas tolerable.

—De la que me enamoré desde ese momento.

—Amor a primera vista, entonces.

—Algo así...

—Usted también me educó, señor Darcy, no hemos hablado de su carta antes, así que, por qué no ahora.

—No es necesario, por favor, no se moleste.

—No es molestia y sí es necesario. Su carta..., su carta es mi preciado tesoro.

En su mirada Lizzy leyó que estaba sorprendido.

—Gracias a su confesión pude abrir los ojos, incluso sobre mi propia familia.

—Seguramente estaba equivocado en todo, pero mejor no hablemos de ello...

—No ha estado equivocado, señor Darcy, con su ayuda pude ver la realidad desde otra perspectiva, a través de sus ojos. Hasta ese día me felicitaba por ser una buena observadora y por creer que mi razonamiento era incuestionable, pero solo había confiado en mi propia vanidad.

—Dejémoslo, entonces, en que usted me hizo cambiar y yo conseguí que me leyera durante un rato.

—Si viera el estado del papel, entendería que no ha sido solo un rato.

Darcy la besó en la frente.

—Entonces, señorita Bennet, creo que ha comprendido que si vamos a celebrar un compromiso esta noche será el de su hermana y Charles Bingley y, con demasiada suerte para mí, si aceptara ser la señora de Pemberley, la señora Darcy, ¿el suyo y el mío?

Lizzy creyó que no podía ser más feliz, se inclinó sobre sus talones y le besó en los labios.

—Creí que no volvería pedirlo.

## Epílogo

—De modo que eso de “un compromiso inmejorable” fue con toda la intención de confundir —le dijo el señor Knightley a Emma, mientras disfrutaban del baile de otoño.

—Un poco de picardía para aderezar la imaginación de los invitados.

—Pues sí que lo ha conseguido, Emma Knightley —Emma se sonrojó al escuchar su próximo nombre—, y la felicito porque en este baile, tan lejos de casa, ha conseguido no uno, sino el anuncio de cuatro compromisos inmejorables.

—Ahora sí cree que soy una verdadera celestina.

—Creo que es una mujer encantadora, maravillosa, capaz de tener sencillez de carácter, y que luego de esta noche dejará la tarea de juntar corazones a cupido.

—Se lo he prometido, pero creo que podría conseguir una boda más.

—Emma...

—La de Henry Tilney, por favor.

—Emma lo ha prometido.

—Las muchachas me han hablado de ella, su nombre es Catherine Morland, aparentemente estuvo en el baile de invierno, pero no la conocí; sin embargo, por lo que he escuchado, creo que será una unión muy acertada. Mire, será muy sencillo, tengo entendido que está pasando una temporada en Northanger Abbey y, siendo así, solo debemos trasladarnos hasta allá para conseguir que el señor Tilney se enamore de la heroína de su propia novela romántica.

—No.

—Claro que sí.

—Emma, no.

—Saldremos el fin de semana. Ya le conté el plan al señor Darcy, a Lizzy y a Jane Bennet y están todos muy de acuerdo.

—A Lizzy; es que ya son amigas...

—Se podría decir... Mire, tenía razón, es una joven encantadora, pero los celos me cegaban.

—¿Los celos? ¿Estaba celosa, Emma?

—Como usted de Frank Churchill y, si no me equivoco, del señor Darcy.

—Moría de celos.

—Entonces, ¿Northanger Abbey?

—Creo haberle dicho que no.

—Vamos...

—No, pero, ¿le he dicho que la quiero, Emma?

—Sí, aunque no me molestaría escucharlo una vez más.

—La quiero.

—Y yo a usted.

Gracias por leer

  
Baile de  
otoño  
relato a la Austen

## Un baile austeniano

Antes que nada, quiero agradecerles el haber tomado un espacio de su valioso tiempo para leer *Baile de otoño*. Ahora que han terminado la serie, quisiera comentarles brevemente sobre qué me inspiró a escribir esta variación de las novelas de nuestra autora favorita y, comentar, además, sobre algunos detalles del final, con los que, quizás, muchos no estén de acuerdo.

Bien, todo comenzó como un experimento, que lo personajes de Jane Austen y sus conflictos estuvieran reunidos en qué otro evento sino en lo que Jane tanto disfrutaba, un baile, era una idea que había tenido en mente por años, pero no me había dispuesto a desarrollarla sino hasta finales del 2.019. Parte del proyecto era jugar con los personajes y saber, a través de sus historias, cuáles conseguían protagonismo y cuáles, a pesar de ser líderes en sus propias historias, terminaban como secundarios en mi variación. Sin discusión la historia de Lizzy y Darcy era tan importante que siempre fueron los protagonistas, aunque para cada estación traté de equilibrar el peso de los argumentos; sin embargo hay personajes que no consiguieron destacar, como Fanny Price, por ejemplo, a la que presenté en *Baile de invierno* pensando que podía hacer algo con ella, crear el trío con Edmund y Henry, pero en la medida que los relatos fueron avanzando no encontré el modo de hacerla regresar. Incluso, antes de comenzar a escribir *Baile de invierno*, cuando todo esto era apenas una idea, pensé que sería interesante que Henry Crawford fuese uno de los aspirantes al corazón de Lizzy, o enredar las cosas haciéndolo admirador de Emma, como el auténtico cazafortunas, pero cuando me di cuenta de que ya estaba todo armado y listo para comenzar a publicar en el blog, mi querido Henry también quedó de lado.

Por supuesto, siendo esta una adaptación escrita dos siglos después de publicadas las novelas originales —*que jamás podrán ser imitadas*—, me fue natural agregar algunas escenas de acción al argumento para hacerlo más moderno. Si bien sabemos que los puños y las peleas no han formado parte de las novelas de Jane Austen, mientras escribía los relatos sentía cada vez más fuerte el instinto de un Darcy más salvaje para mi versión, y que diera su merecido a Wickham se presentaba como una revelación; así como el coronel Brandon a Willoughby. Ver a estos personajes Austen, siempre equilibrados, incapaces de salirse del deber, demostrando que les corría sangre por las venas, y aumentar así la intensidad de sus sentimientos, fue muy estimulante y contribuyó al argumento que me había planteado para ejecutar cada baile. Una de mis escenas favoritas fue la última de *Baile de invierno*, cuando al encontrar a Wickham bailando con su hermana, Darcy se fue contra él, dejando a Lizzy escandalizada por sus proezas.

También me he tomado la libertad de hacer algunos cambios, como las referidas a Henry Tilney, que no se enamoró a primera vista de Catherine Morland, pero les explico por qué: Siempre que leí *Northanger Abbey* me pareció que Catherine no estaba a la medida de Henry —lo siento, lo siento—, así que en mi variación tenía que dejarlo reflejado. Fue incluso inesperado para mí que, en *Baile de verano*, a pesar de la presencia de Catherine, Henry hubiera coqueteado con Marianne Dashwood, en quienes, por cierto, encontré mucha química; no obstante, no me parecía hacer un cambio tan radical en las conclusiones de las novelas *Northanger Abbey* o *Sensatez y Sensibilidad*; sin embargo, quería darle a Marianne un final más moderno. ¿Alguno coincide conmigo en que cuando nuestra querida Jane la dejó con el coronel Brandon, fue un poco injusta?

A mí también.

Quiero decir, durante toda la novela vemos a Marianne rechazar al coronel Brandon, le parece que es demasiado mayor para ella y que no tienen algo en común, y saben qué, yo también estoy de acuerdo con ella. Siempre que leo *Sensatez y Sensibilidad* me parece que Elinor y el coronel tienen más conexión que Elinor y Edward o el coronel y Marianne; sin embargo, entiendo que la “conexión” entre los personajes no era lo que Jane quería dejar planteado con su novela sino los verdaderos problemas de su sociedad, como la injusticia de la herencia de las propiedades, siempre por la línea masculina, o la inconformidad por los compromisos largos, entre otros. El tema es que luego de amar tanto a Willoughby y haber estado al filo de la muerte, que por conformismo Marianne aceptara al coronel me pareció injusto y nada progresista para su personaje; es por esto que he preferido dejarla sola, pero muy feliz.

Para cerrar quiero dejar señalado que esta serie, no autorizada por Jane Austen, ha sido escrita con muchísimo respeto, como un homenaje para ella. Su trabajo siempre será símbolo de referencia del ingenio, el buen humor y el libre albedrío de las mentes independientes.

Gracias Jane.

Siempre.

---

[1] Cita del libro *Orgullo y Prejuicio*. Para esta variación se cambió “baile de Netherfield” por “baile de invierno”.

[2] Cita del libro *Emma*